Editorial

SIC en la Navidad

Sin caer en triunfalismos —los lectores conocen nuestros análisis de la realidad— celebramos el balance de SIC en 1971. Nuestro público, sobre todo el apenas conocido por nosotros, nos lo ha demostrado. Sindicalistas, cooperativistas, políticos insospechados, analistas sociales, sacerdotes, se hacen eco de nuestra aportación sin intereses... Sus juicios son para nosotros definitivos.

Tampoco han estado ausentes los otros. Los que han sentido desconcierto por la autonomía de nuestro pensamiento. Los que creían que perfeccionaban la Iglesia poniendo límites al evangelio. Los que intentan ocultar su responsabilidad en el fracaso de la sociedad haciendo culpable a la Iglesia. Los que lamentan la existencia de un Juan XXIII, de un Concilio Vaticano II, de un Medellín... Su aportación ha sido vital. Nos han clarificado los objetivos.

Por eso la Navidad es para nosotros más auténtica que nunca. Se acerca más a la real de la cueva de Belén: semilla pisada en la tierra que fermenta una esperanza cierta. Con todos queremos compartir esta feliz Navidad.

NUESTRA ACTITUD

Las posiciones adoptadas a lo largo del año no han sido efecto de una actitud de inconsciencia. Reconocemos haber tenido momentos de incertidumbre. Hemos escogido la línea de ser sinceros al expresar las conclusiones de nuestras reflexiones, aun a sabiendas —en más de una ocasión— de que no iban a favorecer nuestra imagen en algunos sectores. Tampoco podemos asegurar que nuestras opciones concretas hayan sido siempre acertadas. Muy lejos de nosotros el pensar que tenemos el monopolio de la verdad.

Sin embargo, hoy, en una revisión navideña del balance anual y un análisis de las reacciones de nuestros lectores, concluimos animados en la línea emprendida.

Nuestro punto de partida fundamental: "analizar los acontecimientos nacionales desde el prisma de los menos beneficiados, de los más desposeídos", es una exigencia de la Navidad. Y no dudamos que este fundamento es el más auténtico para quien verdaderamente ama a su patria y a su Iglesia. El compartir y reflejar las inquietudes del pueblo con respecto a la orientación de la sociedad es el criterio más puro de amor a la patria.

AMAMOS A VENEZUELA

Porque la queremos grande, nos duelen sus sombras en la política, en la economía, en la estructura social, en el pueblo todo, incluyendo las tribus autóctonas. No desconocemos los logros de nuestra historia. Saboreamos la memoria o la presencia de sus protagonistas. Por ello, quien quiera seguir creando una Venezuela siempre nueva no puede descansar en la contemplación de la parte del cuadro lograda, sino pincelar inquieto en lo que falta por plasmar.

La historia se escribe no mirando hacia atrás, sino hacia adelante; más con la conciencia clara de los obstáculos presentes que en las glorias del pasado. El análisis de lo que

falta por construir no significa desprecio de lo ya realizado. Esto, más bien, es una garantía de seguridad para su ulterior capacidad creativa.

Esta es la posición del joven. Así es Venezuela, una sociedad joven y, como tal, más promesa que realización definitiva. En fin, porque amamos a la tierra, a su gente, a su historia, seguiremos aportando, descarnada pero modestamente, a su grandeza presente y futura.

AMAMOS A LA IGLESIA

Esa Iglesia tan vieja como los siglos, tan nueva como el último acontecimiento, tan fecunda como una esperanza, es la savia de nuestra vida. Trasciende nuestras vivencias personales y a partir de la fe en la eternidad de su promesa vivimos y reímos, lloramos y criticamos, soñamos y ensayamos.

Ella participa de la crisis del mundo y nosotros vivimos la crisis de la Iglesia. Estamos convencidos de que es una crisis de crecimiento. El hombre ha ido creciendo y los límites estructurales trazados antaño no son capaces de contener todo su desarrollo. Y el hombre crecido parece no caber en las estructuras seculares y busca nuevos caminos, formas nuevas de morada, un nuevo vestido...

Por eso la Iglesia se abre al mundo, intenta el diálogo con personas e instituciones tradicionalmente pertenecientes a otras ideologías. Nosotros con ella hemos querido transitar las nuevas sendas y podemos afirmar que una Iglesia así es bien recibida. Reconocemos que estamos participando en la desaparición de rasgos venerables, de gran significado —y sin duda necesarios— en otra época y en otras circunstancias. Nuestro deseo es el de hacerla presente y presentable hoy como algo significativo, como levadura y esperanza de la moderna masa humana.

No concordamos con los partidarios de "la muerte de Dios" ni tampoco con los que quieren una Iglesia disecada en el museo del mundo. La queremos viva y liberadora en un mundo que sufre la equivocación de haberse organizado al margen de los criterios del Dios que proclamó: "Amaos los unos a los otros."

Porque amamos a esa Iglesia intentamos estar en la frontera, muy cerca del peligro y de posibles heridas; donde las actuaciones duelen y causan dolor. Podemos asegurar, por nuestra parte, que seguiremos presentes en la frontera.

EL DESACUERDO NO ES OFENSA

La Venezuela de hoy, como el mundo entero, se caracteriza por una diversidad de soluciones y opciones en búsqueda del bienestar integral. En consecuencia, las personas se definen en posiciones distintas y cada postura significa un desacuerdo. Nuestra toma de posición no puede estar fuera de esta realidad. En esta situación nos parece fundamental el reconocimiento de un principio: "Los desacuerdos manifestados con respecto a alguna persona o institución significan que, a nuestro juicio, su línea de acción no es acertada para el bien de Venezuela, o del hombre, o de la Iglesia, etc."

La aplicación de este principio encarna una actitud de búsqueda de algo siempre mejor; y al mismo tiempo el reconocimiento de que esas mismas personas o instituciones son capaces de superación. Lejos de una ofensa personal, manifiestan fe en su capacidad humana. Y esta fe es algo inherente al verdadero humanismo cristiano.

Sin embargo, el juicio de los desposeídos que padecen y aman a su patria puede concluir en una decepción radical de sus dirigentes. En estas circunstancias creemos que es nuestro deber el reflejarlo. Esta opción estará basada en la fe en Cristo que adoptó y dejó como misión el tomar la parte de los pobres.

¡FELIZ NAVIDAD!

Este deseo quisiéramos que fuera para todos una hermosa realidad. Sabemos que todavía no es así. Para el mundo de la opulencia no pasa de ser una nostalgia. Para muchos venezolanos, una trágica ironía.

El acontecimiento de Belén fue también así: nostalgia de Dios por el hombre e ironía del hombre que se creía Dios. El reencuentro del hombre con Dios es el fundamento de la felicidad.

Quien quiera encontrar al Dios de Belén tendrá que buscarlo en los alrededores de la ciudad. Seguramente, hoy como ayer, allí es donde suele nacer... Le seguiremos buscando en esa dirección.